

6-30-2018

El mundo de afuera, la historia mágica tras un secuestro

Luis Felipe Valencia Tamayo

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Valencia Tamayo, Luis Felipe. 2018. El mundo de afuera, la historia mágica tras un secuestro. *Revista Surco Sur*, Vol. 8: Iss. 11, 54-56.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.8.11.16>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol8/iss11/18>

This NUBES DE PLATA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

El mundo de afuera, la historia mágica tras un secuestro

La literatura colombiana de las últimas décadas ha tenido el condimento del secuestro como uno de sus ingredientes favoritos. Sea por una simple insinuación o sea porque se trata del asunto de toda una historia, los personajes de esa narrativa tienen algo que decir sobre aquel triste fenómeno. Además de ello, también se da un fenómeno editorial curioso cada vez que un secuestrado recobra su libertad. Buena parte de las estanterías de las ferias anuales del libro tiene alguna novedad de corte autobiográfico en la que se refieren los días y noches que el autor si es del caso, aunque habitualmente estos trabajos se hacen en coautoría o con la colaboración de un escritor pasó en cautiverio.

La novela con la que Jorge Franco ha ganado el Premio Alfaguara 2014 está sustentada en un caso de secuestro. Las novelas colombianas recientes que han sido galardonadas con ese premio (*Delirio*, *El ruido de las cosas al caer*, *El mundo de afuera*) están atravesadas por eventos reales de la vida nacional que dan un marco de referencia llamativo y, por supuesto, documentado, sobre aquello en lo que se basan las historias. Todas, a la vez, están alineadas para jugar con los tiempos, las formas del lenguaje y en una vocación continua de coquetear con la ficción y hasta con la fantasía.

Para Jorge Franco, la referencia histórica está sujeta al secuestro del magnate Diego Echavarría Misas, hecho que conmocionó la ciudad de Medellín en 1971 y que, ahora, al leer la novela, vuelve a llamar la atención a la sociedad literaria que rememora el hecho. El asunto noticioso termina con la muerte del gran hombre, heredero de un imperio empresarial que se fundaba en Medellín y trascendía las esferas nacionales. En el fondo, con la lectura, nos encontramos con don Diego que se traía de Europa a su mujer, Benedikta "Dita", y que con ella destinaba a la región antioqueña a vivir un singular anacronismo y, por qué no, también un particular desajuste geográfico con la construcción de un castillo a la buena usanza de los reyes y príncipes europeos de otrora.

El aire fantástico no es, entonces, la construcción, que realmente existe y que aún se conserva en Medellín, pues allí funciona el museo

El Castillo; el aire fantástico está ligado a las vidas de Diego, Dita e Isolda, el trío Echavarría que configuraba la vida de este especial lugar. Sobre todo con Isolda, la princesa, la hija amada, la niña bien, la mujercita protegida, la sensación de habitar otro tipo de género se hace más eficaz. Sin embargo, no estamos leyendo a Lewis Carroll, sino a Jorge Franco, y por ello, la situación de la novela no trasciende ni a lo filosófico ni a lo sobrenatural, sino que se plantea en la crudeza de evidenciar un fenómeno que iba a comenzar a expandirse en Medellín desde aquellos inicios de los años setenta.





Otra curiosidad que puede vincular a *El mundo de afuera* con otras novelas colombianas, incluyendo las ganadoras previas del Premio Alfaguara, es ese juego persistente con las devastaciones de la violencia que nace y crece en Medellín. Hasta extraño resulta que en el aliento de la historia del secuestro el lector pueda sentir que por ahí está a punto de aparecer la figura de Pablo Escobar. Por supuesto, para 1971, el capo era apenas un polluelo veinteañero que comenzaba sus actividades delincuenciales, pero su impronta en la vida nacional, literaria o no, es tan vívida que todo tipo de insinuación sobre secuestros, atentados, bandas

criminales, caletas, amenazas y corruptelas parece recibir su influjo. A lo mejor allí está Pablo, en el ambicioso muchacho al que el Mono Riascos da regalos para mantenerlo ahí como un joven amante; o puede ser uno de los miembros de este grupo de secuestradores que la mayor parte del tiempo solo actúan como animales a los que subyuga el instinto delincencial.

Tal vez esa misma dinámica ha hecho que la novela resulte muchas veces reiterativa. Las conversaciones entre los secuestradores y su rehén, don Diego, pasan por ser repeticiones. El Mono declama a Julio Flórez, don Diego se muestra rebelde, los delincuentes reclaman con vehemencia el dinero, el Mono declama a Julio Flórez y recuerda la pasión por Isolda... Lo que ocurre en la casa en la que se comete el crimen es un más de lo mismo continuo.

La historia está sujeta, así, a lo que ocurre por fuera del secuestro. En este ámbito, Jorge Franco muestra una gran pericia. Las oscilaciones temporales entre la juventud de don Diego en Europa, la historia de amor con Dita, la llegada y la partida de Isolda, disponen en la lectura un viaje mucho más placentero que el que ocurre en el cautiverio mismo del magnate antioqueño.

Pasa algo parecido con la vida del secuestrador. El Mono Riascos se plantea como un ser extraño al que la vida criminal tomó como su representante. A la larga es buen hijo y buen amigo, sus expresiones parecen siempre honrosas, e incluso las acciones que intentan mostrarlo ante don Diego como un hampón lo dejan más bien como una caricatura de gran delincuente. A lo mejor, de tanto leer historias parecidas, cercanas, o al menos en el mismo ambiente, se ha hecho indiferente la percepción de los males a secas y se comienza a entender con esmero que el mal debe ser radical.

Sin embargo, todo hay que decirlo, tras el triste Premio Alfaguara concedido en el 2012 a la novela *Una misma noche*, obra en la que también se habla de crímenes y de violencia, la llegada de un texto como *El mundo de afuera* reivindica el género ligado a la experiencia latinoamericana del dolor y de la indignación por nuestras cruentas historias. La novela de Jorge Franco, a diferencia de la de Leopoldo Brizuela, es ágil, con momentos de clara exploración documental y otros, aunque escasos, de deleite en la insinuación fantástica; es una novela juguetona a pesar de las circunstancias y con llamativas formulaciones para indicar las voces que la atraviesan tanto en diálogos como en orientaciones generales. Sin ser divertida, es una historia que genera intriga y logra mantener el gusto mismo por la lectura en un planteamiento metodológicamente inteligente gracias a la ordenación de la trama capítulo a capítulo.

Lo que sí puede causar cierta desazón es el arreglo de los últimos momentos de la historia. En pocas páginas se da el aliento a un resumido final que, si bien puede ser conveniente con lo que pasó en realidad en 1971, la verdad es que se siente rítmicamente apresurado, como si tuviéramos que ubicar en otra lectura los hechos puntuales, olvidando que el don Diego, el Mono, Isolda,

Dita, Twiggy, el muchacho, Marcel, ya no son aquí seres reales, sino personajes de un mundo construido en la pluma de un autor.

La jugada que hizo que la vida de un castillo europeo inserto en Antioquia, Colombia, se convirtiera no solo en un referente de la historia de Medellín y sus empresas, sino en un espacio para una novela como *El mundo de afuera*, flaquea cuando pierde la fantasía en la que quiso hacerse atractiva a través de una niña que, sin ser protagonista, impulsa toda la vejación de la que su padre, don Diego, terminaría siendo víctima. Sin que la fantasía tenga por obligación un final feliz, su uso no puede dejarse como una simple transposición de géneros. Lo que logra llamar la atención de la primera mitad de *El mundo de afuera* es lo que se nota como carencia en la llegada del desenlace. Seguramente, Jorge Franco ha pensado como obligación que la cruda realidad haga su aparición para sacudir la fantasiosa conciencia del lector colombiano y latinoamericano que no quiere ver lo que hay que ver y la intención es noble, pero como lector uno echa de menos una novela plenamente nacional en la que esa revalidación de la ficción tenga un contundente nudo fantástico. Ha ocurrido en las últimas décadas que los escritores latinoamericanos han evitado el uso de los recursos de la fantasía temiendo que se les tilde como repetidores del realismo mágico. Si lo hacen por lo que la crítica pueda decir, entonces ni los autores ni los críticos han sabido ver lo que es en verdad el realismo mágico al considerar que cualquier atisbo fantástico es parte del boom o de un posible neo-boom.

Estamos tan acostumbrados a que nuestra narrativa colombiana sea tan estrechamente delictiva y nuestra realidad tan sangrientamente narrada que perdimos de vista que todo un horizonte de percepción se nos ha escapado de tajo. A Jorge Franco se le abona la creación de un sustrato distinto para que, al menos, nos percatemos también de ello, pero no ha sido él quien ha logrado aún cuajar una obra en la que la realidad y la ficción, la crueldad y la fantasía asienten gratos precedentes en estas tierras literarias. A Jorge Franco se le abona también la sutileza, pues sabiendo que no iba a llevar a mejor término lo que la realidad misma le había planteado, solo se limitó a ser leve.

De esta novela, en todo caso, se pueden extraer una serie de personajes que se van a sumar a la picaresca de personajes criminales de la literatura colombiana. Twiggy, la mujer del Mono Riascos, la artera aliada del victimario, sabe sacar de su astucia momentos que reivindicán el humor. El Cejón, Caranga, Maleza, no solo son alias para los que cometen las fechorías, son la invitación tendida a que el lector rastree qué tan afín está a la vida delictiva del país.

También, y parece un asunto del mayor fervor patrio, no dejan de aparecer aquí el cura y el brujo, el mundo de lo sobrenatural con el que todo ser humano parece que quiere tener contacto, más aún si no se sabe el paradero de un ser querido. En el castillo de don Diego y Dita, es Marcel quien llega desde Bélgica a impregnar de conocimiento a los ignorantes de las artes ocultas. Lo más curioso es que, como suele también pasar en muchas obras literarias y hasta cinematográficas, las intervenciones de los brujos cobran un peculiar sentido de eficacia dada la ausencia de autoridades diligentes.

El mundo de afuera tiene un buen arsenal de personajes trazados finamente por la peculiaridad de sus maneras y sus voces. En este elemento, la novela ha logrado su mayor estabilidad y entusiasmo. Este mismo recurso ha hecho que los reclamos que pueda suscitar esta novela por su desenlace, por su a veces maltrecha aleación entre crímenes, humorismo y fantasía, puedan dejarse en remojo para que otras novelas —que ojalá lleguen— puedan tener mayor solidez en sus movimientos. Más allá de los reconocimientos que le llegan a Jorge Franco, surge la invocación de una narrativa que, a esta altura, empieza a buscar un soporte distinto del habitual de la violencia por la violencia y la sangre por la sangre.

